



ACTO SEGUNDO

En primer término, un salón con dos grandes puertas vidrieras, y otra puerta pequeña en primer término izquierda. En el fondo de este salón, una cristalería, por la que se ve otro salón, en las paredes del cual habrá lienzos encuadrados, al óleo. Debajo de la cristalería, un diván cubierto con tapices, y sobre él, dos o tres almohadones. A la derecha de la cristalería, una planta palmera; a la izquierda, un caballete con un gran cuadro que representará un desnudo de mujer; el marco de este cuadro irá cubierto con sedas o terciopelos. Junto a la puerta vidriera de la derecha, un armónium, adornado con telas; encima, objetos de arte y una tablita al óleo. Junto al armónium, una banqueta y un caballete con un cuadro que representa un paisaje. En primer término a la derecha del actor, un tapiz cubriendo una puerta; al lado, un caballete de pintor con un gran cuadro que estará de espaldas al público. El marco de este cuadro se adornará con terciopelos y sedas. Enfrente del cuadro, una silla volante. En las paredes de la decoración, tres cornucopias pequeñas. El salón del fondo figura una galería o exposición de cuadros. Hay en él dos bargueños visibles, y encima de ellos figuritas escultóricas; una cornucopia grande colgada en la pared. (La colocación, como marca el plano.) Al levantarse el telón aparecen en escena Angel, sentado enfrente del armónium, Pedro, terminando de clavar las telas de un marco. Pepa cerca de él. Junto a Pepa habrá un cajoncillo con clavos de diversas hechuras.

ESCENA PRIMERA

PEPA, PEDRO y ANGEL.

PEDRO (Por el salón.) ¡A ver si hay quien le ponga peros! (A Pepa.) Acércame dos clavos.

(Pepa coge del cajón dos clavos y se los da a Pedro.) ¡De éstos no!... Los otros, aquellos dorados con la cabecita puntiaguda. (Pepa busca en el cajón.) ¡No ves que el terciopelo pertenece al siglo XVI? (Coge los clavos que Pepa le da.) Hay que entonar. (Martilleando.) Cualquiera entona con los martillazos de usted.

ANGEL

PEDRO

(A Angel.) Deja unas miajas el tecleo. Ya tocarás luego, cuando se abra la exposición y empiece a llegar público. Un músico dale que le das al armónico ayuda la *reclame*. Ahora mira nuestro salón. Sembla regio, ¿eh?

ANGEL

PEDRO

ANGEL

PEDRO

PEPA

ANGEL

PEDRO

ANGEL

PEPA

PEDRO

Magnífico.

La presentación es la salsa de estos negocios. Sube el precio.

Los cuadros de Mariano se venderían siempre.

Créeme, Angelito. Hay que saber presentar el género. La gente se paga mucho de bombollas.

¡Tanto como se paga! Así te presentas, así vales.

Desgraciadamente es verdad.

¡Si es verdad! ¿No sabes, a propósito de ello, el paso que hubo entre un editor y un gran novelista francés?

No.

Cuenta el paso. (A Angel.) Me muerdo por los cuentos de éste.

Pues era un gran novelista francés. Me creo que le llamaban Honorato de Balzac, o una cosa así. Bueno. Va un editor y dice: Ajustaré a ese Honorato una novela. Este invierno priva su artículo.» Abre el libro de las trescientas mil, coge las señas de Balzac, se mete en un simón, y y ¡arrea, cochero, al novelista!

ANGEL

PEPA

(A Pepa, riendo.) ¡Qué pintoresco es su anticuario!

¡Para sucedidos de reir, el *non plus*!

ANGEL
PEDRO

(A Pedro.) Adelante.

Mientras el cochero arreaba, el editor iba pensando : «¿Qué le ofreceré a Balzac por su libro? Le ofreceré... le ofreceré... ¡Ea ! Tres mil francos.» Me parece que la sumita era respetable. Conque va el simón y deja los barrios ricos de París y se mete en un barrio de poco más o menos. «¡Hola !—exclama el editor para su bolsillo.—¿Por estos barrios vive mi hombre? Rebajaré la tasa. Voy a ofrecerle dos mil francos.» Sigue el coche y tuerce por una callejuela. «¡Cómo !—vuelve a exclamar el editor, mientras lee el rótulo de la calle.—¿Es en este embudo donde trabaja el novelista? Con mil quinientos francos se creará en la gloria.» El coche para frente a un portal inmundó. «¡Ay, ay !...—repite el editor.—¡Vaya un portalito ! Con mil francos se conforma el poeta.» Cuando llegó al piso quinto andaba el libro en los setecientos cincuenta francos ; en los quinientos cuando el librero se detuvo en un corredor mal oliente. Llama con los nudillos a una puerta rijosa y le abre un sujeto mal vestido y con cara de *necesidá*. «¿El señor Balzac?» Pregunta el librero. «¡Servidor !» contesta el derrotado. «Vengo a comprarle una de esas novelitas que escribe.» «¡Cuánta honra !» «Doy por ella trescientos francos.» «Trato hecho.» En media hora de coche se ahorró el pico de once mil reales el tratante. Todo ¿por qué? Por la presentación. El Balzac de la casa pobre, el traje roto y la cara flaca, no valía más que sesenta duros.

ANGEL
PEPA
PEDRO

Elocuente es la historia.

Y con su moraleja.

Para el Mariano la he sacado yo. (A Pepa.) Pásale un trapo a los dorados de la mesa. (Pepa lo hace.) Al bargueño y a los monigotes, ni tocarlos. Déjalos como están, llenos

ANGEL

de polvo y de churretés. Las cosas antiguas, cuanto más puercas mayor mérito. Fué gran idea la de alquilar estos salones.

PEDRO

Ya verás, ya verás. Mariano vale, pero no tiene mundología. ¿Vino la racha? Aprovecharla, ¡qué caray ! ¿Te has puesto a la moda? Saca raja, le dije, y no te duermas, que en arte las modas cambian todos los años.

ANGEL

¡Si cambian ! Aun por lo verdaderamente grande, para lo que nunca ha de morir, hay eclipses y desecipses.

PEDRO

Mire si no lo que está pasando con los Grecos. Antes andaban a tres perras ; en cambio, los Murillos por las nubes andaban. Hoy saltó la moda y tienes a Greco en las nubes y a Murillo en las alcantariillas. ¡Grecos !... ¡vengan Grecos ! Aunque sean de los de la locura, de los amarillos y verdes con los remos torcidos como los sacacorchos, ¡vengan Gregos y vayan fajos de billetes ! La moda próxima le tocará a otro gran pintor.

ANGEL

Igual ocurre con los vivos.

PEDRO

Sólo que los muertos pueden descuidarse y esperar a que les llegue el turno otra vez. Los muertos no comen ; los vivos sí ; y éste (El estómago.) no admite espera.

ANGEL

Habla usted como un libro.

PEDRO

Así hablé a Mariano. Mariano hizo caso de mí ; alquilamos estos salones, dió el amigo la mano última a los lienzos que tenía por concluir ; emprestamos a mi principal muebles, y sedas, y terciopelos, y tapices, y ¡ande la exposición ! (Aparece Mariano en el antesalón.)

PEPA

Van a rifarse las pinturas.

MARIANO

(Entrando en el salón.) Sean tus palabras oráculos.

ESCENA II

PEPA, ANGEL, PEDRO y MARIANO.

- PEDRO ¡ Vaya si lo serán ! Con lo de la medalla, con lo de los bombitos de la prensa, y con lo de que tu pintura es descaradota y no repara en desnudeces, se nos cuela medio Madrid.
- MARIANO ¡ No sé cómo pagarte !...
- PEPA Entre amigos...
- PEDRO Alto, no todo es amistad.
- ANGEL ¡ Hombre !
- PEDRO Amistad hay, naturalmente. Pero hay también su punto de negocio. (A Mariano.) No lo digo por el cuadro que regalaste. Eso no vale nada.
- MARIANO Eso no vale nada.
- PEDRO Vale un montoncito de billetes si yo lo quisiera vender. No lo vendo, ¿eh? Lo guardaré en recuerdo tuyo. Ya ves si te estimo. Pero, ¿y los tapices? ¿y los muebles? ¿Y los monigotes antiguos? ¿Son moco de pavo? ¿No los verá el público? ¿No preguntarán de qué establecimiento son? ¿No estoy yo un ocho y medio en las ganancias de mi principal?... ¡ Entonces ! ¡ Qué se figuraban ! ¿Que todo eran rosas y claveles? ¡ Quiá ! ¡ También procuro yo por mí !
- MARIANO Tienes la coquetería del negocio y coqueteas siempre, hasta ahora para empequeñecer un hermoso rasgo de amistad.
- PEDRO No, señor. No empequeñezco nada. Es que la amistad no debe ser romanticismo. Debe ser práctica. Todo práctico, hasta el amor.
- ANGEL ¿ Ni el amor se libra ?
- PEDRO De ningún modo. ¿ Por qué estoy yo con ésta ? (Por Pepa.)
- MARIANO Porque la quieres.
- PEDRO Porque la quiero y porque hace bien la

bullavesa. (A Pepa, que ríe.) Anda al tocador, desempuércate y que estés aviada para cuando llegue la gente.

- ANGEL ¿ Piensa negociar a Pepa también ?
- PEDRO Bueno está el negocio, pero hasta cierto punto. Es que ella, Irene, Carmen, Margarita, los íntimos de Mariano, debemos estar yendo y viniendo por la exposición cuando ésta se abra al público. Los primeros que entren no han de hallar el salón vacío. Es de muy mal efecto. Ver gente anima ; y si entre la gente hay mujeres guapas, pan y miel.
- PEPA (A Angel.) ¿ Va a venir Margarita ?
- ANGEL Con toda su corte de imbéciles.
- PEDRO Los imbéciles, cuando van con hembras de su gusto son la gran parroquia. No se atreven a regatear. (A Pepa.) ¿ Qué haces ahí ? ¡ Ponte el sombrero !... ¡ Empólvalte !... ¡ Lávate las manos ! ¡ Arrea !
- PEPA ¡ Ya voy, hombre ! ¡ ya voy ! (Sale por la puerta de la derecha.)
- PEDRO ¡ Oh ! ¡ Estoy reventado ! (Se deja caer en el diván.)

ESCENA III

MARIANO, PEDRO y ANGEL.

- MARIANO ¡ Con tus trajines y con que la exposición haga fiasco !...
- PEDRO (Metiéndose la americana, que estará sobre el diván.) No hables barbaridades ; sin tarjetas de invitación me he quedado yo anoche.
- ANGEL Los críticos que estuvieron en el barnizaje te tratan bien.
- MARIANO Algunos. Otros ponen en sus juicios más reparos que líneas.
- ANGEL Sería el caso primero de unanimidad.
- PEDRO Natural que algo pegan. Si no pegasen no serían críticos. Los críticos y los fiscales

- son hermanos gemelos. Les cuesta mucho trabajo pedir la absolución.
- ANGEL Manuel ha escrito una soberbia crónica. Ruderico está generoso.
- PEDRO ¿El? ¿Qué dice?
- ANGEL Que el arte de Mariano es arte grosero y efectista, pero que dentro de su escuela se le puede mirar.
- MARIANO Me desprecia, pero me perdona la vida. (Momentos antes habrá entrado Manuel en el antesalón, dirigiéndose al grupo que forman los otros.)
- MANUEL No lo hace a mal hacer. (Enseñando un periódico.) Aquí está el artículo.
- PEDRO Venga. Es el único que no he leído.

ESCENA IV

MARIANO, ANGEL, PEDRO y MANUEL.

- PEDRO (Leyendo.) El demonio entiende a este *noy*.
- MANUEL A Ruderico, de puro vaciarlos en los nuevos moldes se le han hecho los sesos agua. En literatura proscribire las ideas, en pintura exige que los paisajes tengan color de ensueño y que las imágenes sean planas, pegaditas a la tela como sellos en colección. En música ignoro por lo que le dará.
- ANGEL Probablemente porque la música no se oiga. Es capaz de todo.
- PEDRO Hasta de comer por catorce. ¡Cómo engullía anoche en la cena con que nos obsequió Julián para celebrar su doctorado! El tal Ruderico es la viva imagen de Dios. En su casa no tiene principio y en la fonda no tiene fin.
- MANUEL ¿Es mañana cuando se va Julián?
- MARIANO A veranear con la familia.
- PEDRO Y arreglar sus asuntos para volver en condiciones de abrir el gran bufete.
- ANGEL (A Pedro.) Julián es como usted, todo práctico.

- PEDRO Lo cual no quita a lo buen amigo. En esto de la Exposición se ha portado. Todas sus relaciones vendrán a la apertura.
- ANGEL Y él, ¿vendrá también?
- MARIANO Así lo ofreció esta mañana cuando estuvo en casa a dejar a Carmen. Carmen almorzó con nosotros. Irene y ella vendrán juntas.
- PEDRO Ya tardan.
- MARIANO A todo esto, y más vale tarde que nunca, gracias por tu crónica. (A Manuel.)
- MANUEL No hay de qué. He escrito tal como sentía. Tu arte me atrae por su sinceridad. Ella es la razón de tus éxitos. Buena prueba de mi afirmación es este cuadro, donde pusiste el alma. (El que está de espaldas al público.)
- PEDRO Vaya, que esa pobre mujer abandonada con el chiquillo en brazos es una compasión. Y a él, a ese tío que la abandona, le estrangularía... ¡Palabra!
- ANGEL Haces vivir la escena. (Momentos antes han aparecido en el antesalón, que curiosos, Irene y Carmen. Carmen llevará un traje sin adornos, completamente liso, de corte a propósito para espiritualizar la figura.)
- MANUEL Es la propia realidad.
- CARMEN (Que ha llegado cerca del cuadro.) ¡La realidad!...
- MARIANO (Volviéndose hacia Carmen e Irene.) ¡Vosotras! (Carmen queda frente al cuadro contemplándole con fijeza.)

ESCENA V

CARMEN, IRENE, MARIANO, PEDRO, ANGEL y MANUEL

- IRENE Aquí estamos cumpliendo el programa de Pedro. No tendrá usted queja. Examine, examine el hombre.
- PEDRO ¡Bravo! Irene es propiamente un Goya. (A Carmen.) Usted, con su cara pálida y con

sus moradas ojeras, una Dolorosa del Greco.

IRENE ¿Y Pepa? ¿A qué escuela la echamos?
PEDRO ¿No es rubia y regordetilla y alegre? A la escuela flamenca.

IRENE ¿Dónde se ha metido?
PEDRO En el tocador. Arreglándose los perifollos.

CARMEN (Como leyendo el rótulo del cuadro.) «¡Abandono! ¡Pobre niño! Duerme mientras el padre huye y la noche se acerca. Al despertarse, ¿qué hallará? En su madre, lágrimas; encima de la tierra, nieve. ¡Pobre niño!»

MANUEL (Bajo a Mariano.) Ahí tienes el drama de tu cuadro planeándose, haciéndose carne una vez más. (Por Carmen.) Acertó Pedro llamándola criatura del Greco: pensando en atormentadas como ella debía revolver la siniestra coloración de su paleta aquel loco sublime.

PEDRO (Mirando el reloj.) Falta un cuarto de hora. Vamos hacia la entrada, no vaya a ocurrir algo. No hay que fiarse más que de uno. ¿Venís?

ANGEL Andando. (Mariano, Pedro, Angel y Manuel se dirigen al antecorredor, por donde salen.)

IRENE (A Carmen.) ¿Vienes tú?
CARMEN No, déjame que mire. Este cuadro me parece un espejo. Creo que no es ella, sino yo, la que está dentro de él.

ESCENA VI

CARMEN e IRENE.

IRENE ¿Tú? Qué tontería.
CARMEN Julián se va mañana.

IRENE Para volver, como otros años.
CARMEN Otros años le obligaban a volver sus estudios. Ya no. Sus obligaciones concluyeron.

IRENE ¡Como han de concluirse! ¿No estás en Madrid tú?

CARMEN ¡Yo!... ¿Sé yo misma lo que soy ya para él? ¿De mí qué puede esperar él? Cuanto podía esperar lo tuvo.

IRENE ¡Y vuelta a las dudas!... ¡Si es empeño el tuyo!

CARMEN ¿Empeño?... Nadie lo tiene en su desgracia. ¿Qué mayor desgracia para mí que perder el amor de Julián? Miento. Otra hay más grande.

IRENE Si no os viese a diario, si no os tratara con intimidad, acabaría por creerte. Pero os veo y veo a Julián tan cariñoso contigo como siempre. Por decir estoy más que nunca.

CARMEN Sí, las palabras siguen siendo iguales. Sólo es diferente el sonido. Distraídas acuden a sus labios, sin un temblor del alma, sin un balbuceo de pasión. ¡Sus caricias! Hay caricias muy amargas para el que las recibe. Las que van solas, las que llegan a uno sin llevar el pensamiento y el corazón de quien acaricia.

IRENE ¡Mujer!...

CARMEN ¡Tales son hace tiempo las palabras y las caricias de Julián! ¿Pero a qué hablar de mí? El amor mío nada importa. El de mi hijo sí. ¡Ay, si mi hijo quedara olvidado, perdido, como esta criatura a quien su madre ve dormir mientras la nieve cae!...

IRENE ¡Déjate de locuras!

CARMEN ¡Locuras! ¿Es locura que Julián vive solo, lejos de la casa de su hijo? ¿Es locura que oculta la existencia de ese hijo a su padre? ¿Es locura que no le quiere dar su nombre? ¿Por qué no se lo dió? Mil veces le supliqué con besos y lágrimas que lo hiciera. ¿Qué hizo? ¿Cuál fué su respuesta? La de ayer, la de hace algunas horas: «¡Qué pesada te pones! Más adelante. No corre prisa. Ni que el chiquillo

fuera un hombre. Más adelante. Ya veremos más adelante.» ¡Más adelante!... ¡Es decir, nunca!

IRENE
CARMEN

¡Carmen!...
Cuando se quiere al hijo, cuando se pone toda la existencia en su porvenir, la voluntad del padre va más deprisa que la pregunta de la madre. Antes que ella pregunte: «¿Cuándo?» el padre responde: «Ahora mismo.» Julián dice: «Más adelante.»

IRENE
CARMEN

Y más adelante lo hará.
Un hijo sin nombre a nada obliga. Cuando se convierte en obstáculo se le da con el pie y a otra cosa. ¿Quién va a salir por él? ¿La madre? ¿La que se entregó como amante?... Para el mundo la mujer que se entrega así es una perdida. Así me entregué yo. A una perdida cuando llora se la desprecia; cuando exige se le vuelve la espalda: cuando enseña a su hijo se le responde: «¡Sabe Dios quién será su padre!»

IRENE

¡Vaya, vaya!... No te inspira pocas negruras este pícaro cuadro. Ahora mismo nos apartamos de él y vamos en busca de Pepa, que está echando raíces en el tocador.

CARMEN

No voy. Quiero seguir aquí mirando a esta mujer. Ella también amó; también se entregó ella, olvidándolo todo... ¡Después!... Ahí está con el hijo de su amor en los brazos. ¡Ahí está, mientras el padre huye en busca de nuevos amores, de hijos nuevos!... Ella le ve huir. ¡Y la nieve cae... cae blanca y fría como una mortaja de hielo! (Aparecen en el antosalón Julián, Pedro y Mariano.)

PEDRO

No falta requisito. (A Julián.) Pase, pase y verá canela.

IRENE

(A Carmen.) Julián.

ESCENA VII

CARMEN, IRENE, JULIÁN, MARIANO y PEDRO.

JULIÁN

(Acercándose a Irene y Carmen.) Temprano se vino. (A Irene.) ¡Elegantísima! (A Carmen.) A ti, si no fuera porque elogiarte es elogiarme, te diría lo propio. (A Pedro.) ¿Y Pepa?

IRENE
PEDRO

Aun no salió del tocador.
Vayan, vayan y denle prisa, que son al golpe de las cuatro. Fijense en ella antes de que salga, y si fuera menester la componen. Pepa, de su natural, es muy farotona.

IRENE
JULIÁN

Vamos.
(A Irene y Carmen, que se dirigen a la derecha.) Seguro que no estaré cuando volváis.

IRENE
JULIÁN

¿Y eso?
Un sinfín de quehaceres. Como el viaje es mañana...

PEDRO

Siquiera hasta la entrada del público. Qué-dese un poquitín.

JULIÁN
CARMEN

Lo siento mucho; no es posible.
(A Irene, con quien llega a la puerta de la derecha.) Ni conveniente que sus relaciones le vean junto a mí.

PEDRO

Entonces entro con ustedes. Tampoco me viene mal un lavatorio.

(Salen por la puerta de la derecha Carmen e Irene seguidas de Pedro.)

ESCENA VIII

JULIAN y MARIANO

JULIÁN

Esto es ir viento en popa. Excuso manifestarte que me alegro sinceramente. De toda la pandilla eres mi predilecto. De ahí que el triunfo tuyo me entusiasme como si fuera propio.

- MARIANO Gracias, Julián. ¡Para éxito el de tu último examen!
- JULIÁN ¡Bah!... Una borla de doctor no es para echar orgullo. ¿Quién no lleva en España borlas doctoriles de ésta o de la otra pinta? Como fin, la borla es una pequeñez. En clase de medio, algo puede valer. Depende del sujeto en que caiga.
- MARIANO Tú no eres de los torpes. (Mientras hablan van examinando los cuadros.)
- JULIÁN Este desnudo es maestro ¡Qué suaves los tonos de la piel! ¡Qué bien trabajada la carne! Entre los amigos a quienes repartí las invitaciones hay verdaderos inteligentes; y ricos, que es lo principal. Más de un comprador has de tener en ellos.
- MARIANO Gracias otra vez. ¿Conque decididamente mañana?...
- JULIÁN Sin retardo posible. Mis padres me aguardan. Además, el viaje supone asuntos relacionados con mi porvenir. El porvenir no es para dejado de la mano.
- MARIANO Seguro.
- JULIÁN Cuando regrese, lo haré en condiciones favorables al éxito.
- MARIANO ¿Volverás pronto?
- JULIÁN Depende de las circunstancias. No se prepara así como así un cambio de frente. ¡Admirable estudio! (Por uno de los cuadros.)
- MARIANO ¿Cambio de frente?
- JULIÁN ¿Qué remedio? La borla obliga. En mí concluye el estudiante y principia el hombre formal. ¡Ay, quién fuera artista para prescindir de la formalidad!
- MARIANO ¿De qué formalidad?
- JULIÁN De la que se cotiza en el mundo de las borlas y de los diplomas oficiales. Quien aspire a dominar en ese mundo, necesita fama de hombre serio.
- MARIANO ¡Hombre serio!... Y tu marcha es para hacer el aprendizaje de hombre serio.

- JULIÁN Está claro.
- MARIANO El regreso dependerá del tiempo que tu aprendizaje requiera.
- JULIÁN Naturalmente. No es ello cuestión de quince días.
- MARIANO Gran pena será para ti vivir lejos de Carmen y del niño.
- JULIÁN ¡Figúrate! Pena y disgusto. Estas locuras de muchacho se hacen sin querer y luego proporcionan infinitas contrariedades.
- MARIANO ¡Ya, ya!
- JULIÁN Empieza uno jugando y se echa una cadena al cuello. Ya es trabajo si ello hace falta romper esa cadena. Afortunadamente esta clase de compromisos no lo son de por vida. Estaría uno fresco.
- MARIANO ¡Y pensar que hay tontos que opinan lo contrario!
- JULIÁN ¿Tontos? Algo más ridículos: sentimentales. ¡Fuera bueno que las calaveradas de estudiante influyeran en nuestro porvenir! Con ciertas cosas se concluye cuando hace falta.
- MARIANO Sin perjuicio de recordarlas alegremente ante una buena mesa y entre cinco o seis amigotes cuando se llega a la vejez. Poco más o menos, ¿para qué época volverás?
- JULIÁN Ya te avisaré. Nos hemos de escribir con frecuencia.
- MARIANO Lo digo porque si te tardas y en la ausencia tuya Carmen y su hijo necesitan alguna cosa, puedes disponer de nosotros.
- JULIÁN Ya contaba contigo. (Mirando su reloj.) Los minutos pasan sin avisar. Con permiso, Mariano. ¡Una maravilla son tus lienzos!
- MARIANO Saldremos juntos. No quiero andar por aquí mientras curioseas la gente.
- JULIÁN Tengo a la puerta un coche. Si necesitas de él...
- MARIANO No, voy al café próximo; allí me reuniré

con Manuel y con Angel; allí irán luego las mujeres.

JULIÁN Como gustes. (Echa a andar hacia el antesalón, seguido por Mariano, a tiempo que entra en escena Irene por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

MARIANO, JULIÁN, IRENE. Al final, CARMEN y PEPA con PEDRO.

IRENE (A Mariano, que se detiene al oírlo, mientras Julián sigue hacia el foro.) ¿Te vas?

MARIANO No voy a estar aquí escuchando alabanzas u oyendo censuras, que es peor. Oye las tú, y me las trasmites luego en el café. Yo me largo.

IRENE ¿Con ése? (Por Julián, que al llegar al antesalón se vuelve y saluda a Irene con la mano.)

MARIANO Ese y yo vamos por distinto camino. (Se dirige hacia el foro y sale de él con Julián a tiempo que entran en escena, por la derecha, Carmen, Pepa y Pedro. Pepa con el sombrero y los guantes puestos.)

ESCENA X

IRENE, CARMEN, PEPA y PEDRO.

PEPA No nací para señoríos. Estoy mejor en casa, con mis cuatro trapitos y revolviendo cacerolas. Sobre todo el sombrero. Aunque le ponga cuarenta alfileres, se va. ¡Ni que este pájaro (El que lleva en el sombrero.) fuese de veras!

IRENE ¡Trae! (Arreglando el sombrero de Pepa.) LO sujetaré por un ala.

CARMEN Ya empieza a entrar público. (Entran por el antesalón y comiéndanse a repartir por él, formando grupos y parejas delante de los cuadros, caballeros y señoras.)

PEDRO ¡Es un golpecito de gente! ¡Y la que ha de venir!... ¡Cuando yo aseguro una cosa!... (Entran en el antesalón y se detienen a contemplar los cuadros del fondo, Ruderico, Celeste y los Jóvenes 1.º y 2.º, que irán trajeados, poco más o menos, como Ruderico.)

PEPA Ahí entran Ruderico y Celeste con otros de su pinta. Ya examinan los cuadros.

IRENE O lo que es lo mismo, ya empiezan a hablar mal.

PEDRO Todo contribuye al cartel. Si nadie hablase mal, no habría controversia. Las controversias arman ruido, y mientras más ruido, más negocios. (Se oyen voces y carcajadas a la puerta del antesalón.)

IRENE ¿Qué jaleo es ése?

CARMEN Margarita que llega.

PEPA Trae con ella una procesión de hombres.

IRENE La nata y flor del Sicalíptico. (Entra Margarita en el salón rodeada por un grupo de caballeros, entre los cuales estarán el conde, el marqués y los caballeros 1.º y 2.º. El conde y el marqués serán viejos. Margarita vestirá con lujo estrepitoso y accionará y reirá también estrepitosamente.)

MARGARI. ¡Por aquí!... ¡Por aquí!... que es donde está lo bueno.

PEDRO Es un torbellino de mujer. (Margarita entra en el salón seguida de su acompañamiento y provocando la curiosidad de los visitantes. Al ver a Carmen y a Irene se dirige hacia ellas corriendo con los brazos abiertos y la sombrilla en alto. Los acompañantes la siguen.)

ESCENA XI

CARMEN, IRENE, PEPA, MARGARITA, PEDRO, EL CONDE, EL MARQUÉS, CABALLEROS 1.º y 2.º. Grupos de visitantes. RUDERICO, CELESTE, JÓVENES 1.º y 2.º y dos o tres grupos en el antesalón.

MARGARI. ¡Hola, chicas! Aquí estoy yo. Buenas tardes, Pedro. (Señalando a los que la acompa-

- finan.) Los señores son amigos míos. Vienen con obligación de comprar. El que no compre puede declararme difunta y no volver al Sicalíptico.
- CONDE Compraremos lo que usted mande.
- MARQUÉS ¡Vaya si compraremos! ¡Aunque los cuadros sean unos mamarrachos compraremos!
- IRENE (A Pepa.) El sí que es mamarracho.
- CONDE (Al caballero 2.º) Me arrancaré con una tablita.
- CABA. 1.º (Al caballero 2.º) Yo, ni ese. En el club me han dejado *arruchi*.
- MARGARI. (Bajo a Irene.) ¿Qué te parece mi parroquia?
- IRENE Una recua.
- MARGARI. Si no fuese recua, ¿vendría donde yo la llevase? Imposible. Sólo que no hay otros. (A Carmen.) ¡Ay, Carmen! luego dicen que las joyas andan baratas. (A sus acompañantes.) Éa, caballeros, a ir pensando encima de qué marco ponen ustedes tarjeta. (A Pedro.) No dirá que soy mala corredora.
- PEDRO (Bajo.) Haga usted que se fijen en el bargueño.
- MARGARI. (Bajo.) ¿En el qué?
- PEDRO En el bargueño. Aquel mueble de la otra sala. Y en las figuritas que hay sobre él. Son joyas escultóricas.
- MARGARI. A mí me resultan unos adesios; pero se fijarán. (Dirigiéndose hacia el conde seguida de Pedro.) Ya lo creo que se fijarán. ¡Conde!
- CONDE ¡Margarita!
- MARGARI. ¿Ha reparado usted en ese... (Deteniéndose.)
- PEDRO (A su oído.) Bargueño.
- MARGARI. ...bargueño?
- CONDE No. No había visto...
- PEDRO Es de primer orden. Acérquese. Hay que verlo de cerca. De primer orden, caballero. (El conde, Margarita y Pedro se dirigen donde está el bargueño.)
- IRENE (A Pepa y Carmen.) Vamos como distraídas

- detrás de unos grupos y de otros. Así oíremos lo que dicen. ¡Soy tan dichosa cuando oigo elogiar a Mariano! ¿Queréis?
- CARMEN ¡No hemos de querer!
- PEPA ¿Por dónde?
- IRENE Por cualquier parte, menos por la que estén Celeste y Ruderico. Esos hablarán atrocidades, y no es cosa de descomponer la exposición arrancando a Celeste el moño. (Salen. Ruderico, Celeste y los jóvenes 1.º y 2.º entran en el salón y se detienen frente a un cuadro. Carmen, Irene y Pepa se dirigen al antesalón, donde desaparecen.)

ESCENA XII

CELESTE, MARGARITA, PEDRO, RUDERICO, EL CONDE, EL MARQUÉS, CABALLEROS 1.º y 2.º. JÓVENES 1.º y 2.º Grupos de visitantes.

- RUDERICO (Por el cuadro que examina, a sus acompañantes.) Es grosero. Bien pintado, pero grosero. ¿Fui injusto diciéndolo en mi artículo?
- JOVEN 1.º Injusto por bondad.
- JOVEN 2.º La coloración del paisaje es demasiado fuerte.
- CELESTE Brutal.
- RUDERICO Una fotografía de la Naturaleza. La Naturaleza es grosera también: deber del artista es sublimarla, trocarla en sueño poético; en materia ideal, más bien sensible que visible.
- MARGARI. (A Pedro, con quien entra.) Ya colocamos el bargueño. A chalanear la cornucopia. ¿Y el marqués?
- MARQUÉS (Acercándose.) ¿Qué desea la encantadora artista?
- MARGARI. Tener en mi gabinete aquella cornucopia.
- MARQUÉS Veámosla, veámosla inmediatamente. (Los tres salen por la puerta izquierda.)
- RUDERICO (Por otro cuadro.) Esto no son pinceladas, son brochazos, tonamientos de color; el

color debe indicarse, solamente indicarse; pasar de ahí, es deplacientemente soez.

CELESTE ¡Y esta mujer!... ¡Qué afán de redondeces!

RUDERICO (Por el cuadro.) Este espectáculo deprime. Sin embargo, ya lo veis. Mariano triunfó. Sigamos, sigamos recorriendo con zancos en los ojos y en el espíritu, este lodazal colorinista. (Entran por la derecha Irene, Carmen y Pepa a tiempo que salen por la izquierda también Menéndez y Soto.)

IRENE (A Carmen.) ¡Qué contenta estoy!

ESCENA XIII

CARMEN, IRENE, MARGARITA, MENÉNDEZ y SOTO

MARGARI. He dicho a esos polichinelas que se las piren y que no admitiré en mi cuarto al que no lleve, por lo menos, la factura de un cuadro con recibí y todo.

SOTO (A Menéndez.) Las aguas fuertes son notables: algunos lienzos de primer orden: hay que agradecer la invitación.

MENÉN. Diciendo de quien vienen no podía ocurrir otra cosa.

MARGARI. ¿Oyes? ¡Estarás satisfecha! Todos ensalzan a Mariano.

IRENE. Soy feliz, ¡muy feliz!

MARGARI. (Que se ha fijado en el cuadro de espaldas al público.) ¡Qué majadería! ¿No miro a esta mujer y se me llenan los ojos de lágrimas?... ¡También Marianito! ¡Podía pintar cosas más alegres y no afligir a una! ¿A qué buscar en la vida lo triste?

CARMEN No se busca, Margarita, viene ello. (Menéndez y Soto llegan delante del cuadro y lo examinan dando la espalda a las mujeres, mientras sale de escena Margarita.)

MENÉN. Hay que dar gracias a nuestro querido

Julián. Merced a sus invitaciones admiramos una hermosa labor artística.

SOTO Suárez es un pintor de fuerza, con mucha luz en el pincel.

IRENE (A Carmen.) ¿Oyes? Y éstos son inteligentes. No hay más que mirarlos; parecen amigos de Julián.

CARMEN Al menos acaban de nombrarle.

SOTO Vine seguro de pasar un buen rato. Julián tiene gusto exquisito.

MENÉN. Es un joven de mérito.

SOTO Y que irá lejos. El jefe de nuestro partido está prendado de él.

MENÉN. Como orador es extraordinario. Diputado de oposición hemos de verle en las próximas elecciones.

SOTO Indudablemente. El jefe le ayuda. El tiene posición. Ya puede acometer la empresa.

MENÉN. Y si sus fuerzas no bastan a lograrlo, ahí está el dinero que llevará en dote su futura.

CARMEN ¡Oh! (Reconcentrado, pero con angustia y desesperación terrible en el gesto.)

IRENE (Bajo.) Vámonos de aquí, Carmen.

CARMEN (Con fiereza.) ¡Calla! Déjame oír. (Deteniendo un ademán de Irene.) ¿No oyes que me dejes oír?

MENÉN. ¡Muy rica! Este invierno será la boda. (Alejándose con Menéndez.) ¡Hermosísimo es este cuadro! (Salen por el fondo, donde desaparecen.)

ESCENA XIV

CARMEN e IRENE.

CARMEN ¡Hijo de mi vida! ¡Qué horror! (Tambaleándose, en actitud estupefacta, se deja caer en el diván.)

IRENE ¡Carmen! (Irene la contempla en silencio, con angustia.)

CARMEN (Por la mujer del cuadro.) ¡Iguales somos ya, compañera de infortunio y de engaño! (Levantándose con energía dolorosa.) ¡No!... ¡No somos iguales!... Tú, arrojada contra ese lienzo, por el capricho de un pintor, eres cosa muerta. Yo vivo. (Hace ademán de dirigirse al foro.)

IRENE ¡Carmen! (Como si quisiera contenerla.)
CARMEN No temas. Mi dolor no grita, es muy hondo para subir a la garganta. Está tranquila. Ya lo ves. Ni siquiera lloro. (Este momento, a la inspiración de la artista. En el segundo fondo habrá figuras contemplando los cuadros.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en la casa donde vive Carmen. A la izquierda, una puerta que supone comunicar con la de la calle. A la derecha, en primer término, un balcón practicable, con cortinas, que estará abierto al comenzar el acto. En el fondo, una alcoba a la italiana, separada del gabinete por columnas y adornada con cortinas iguales a las del balcón. En esta alcoba habrá una cama, y delante de ella, perfectamente visible para el público, una cuna de mimbres. En el gabinete, en primer término, a la izquierda, una máquina de coser. Sobre ella un rebujo de tela blanca, y debajo de él unas tijeras grandes y puntiagudas, de las llamadas de cortar. Junto a la máquina, un cesto de costura. El resto del mueblaje, modesto, pero de buen gusto. La escena comienza al caer de la tarde; los rayos últimos del sol penetran por el balcón abierto, en dirección de la alcoba. Al levantarse el telón aparece Carmen sentada en una silla con el niño en los brazos, colocado en forma que sólo se le vean de él los encajes y cintas que lo visten. Carmen contemplará al niño con fijeza angustiosa. Irene estará sentada cerca de Carmen.

ESCENA PRIMERA

CARMEN e IRENE.

CARMEN ¡Duerme! Quizás por no ver estos ojos míos, todo negrura y pena, se cerraron los suyos, todos alegría y todos luz. (A Irene.) ¿Verdad que es hermoso? ¿Verdad que en esta carne sonrosada, en este pedazo vivo de inocencia, no hay un solo estremecimiento que no hable a la compa-